

con concierto á anudar el hilo de su historia, que la habia dejado en el certámen de las barcas.

CAPITULO XIII.

Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela.

La que con mas gusto escuchaba á Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de la boca de Hércules; tal era la gracia y donaire con que Periandro contaba sus sucesos; finalmente, los volvió á anudar, como se ha dicho, prosiguiendo desta manera: Al Amor, al Interés y á la Diligencia, dejó atras la buena Fortuna, que sin ella vale poco la diligencia, no es de provecho el interés, ni el amor puede usar de sus fuerzas; la fiesta de mis pescadores tan regocijada como pobre, excedió á las de los triunfos romanos; que tal vez en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regocijos mas aventajados; pero como las venturas humanas estén por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza fácilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron y fortificaron mis desgracias, aquella noche la pasamos todos en una isla pequeña, que en la mitad del rio se hacia, convidados del verde sitio y apacible lugar: holgábase los desposados, que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto á quien se le habia dado tan grande, poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado, y así ordenaron que en aquella isla del rio se renovasen las fiestas y se continuasen por tres dias: la sazón del tiempo, que era la del verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores, cada cosa destas de por sí, y todas juntas, convidaban á tener por acertado el parecer de que allí estuviésemos el tiempo que las fiestas durasen. Pero apenas nos habíamos reducido á la isla, cuando de entre un pedazo de bosque que en ella estaba salieron hasta cincuenta salteadores armados á la lijera, bien como aquellos que quieren robar y huir todo á un mismo punto; y como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, ántes nos pusimos á mirar que á acometer á los ladrones, los cuales como hambrientos lobos, arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron, si no en la boca, en los brazos á mi hermana Auristela, á Cloelia su ama, y á Selviana, y á Leoncia; como si solamente vinieran á ofendellas, porque se dejaron otras muchas mujeres á quien la naturaleza habia dotado de singular hermosura. Yo, á quien el extraño caso mas cólerico que suspenso me puso, me arrojé tras los salteadores, los seguí con los ojos y con las voces afrentándolos como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos á que mis injurias les moviesen á volver á tomar venganza dellas; pero ellos, atentos á salir con su intento, ó no oyeron ó no quisieron vengarse, y así se desaparecieron, y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele decirse, á consejo, sobre qué haríamos para enmendar nuestro yerro y cobrar nuestras prendas: uno dijo, no es posible sino que alguna nave de salteadores está en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra; quizá sabidores de nuestra junta y de nuestras fiestas: si esto no es así, como sin duda lo

imagino, el mejor remedio es que salgan algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el tanto mas cuanto, que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo seré, dije entonces, el que haré esa diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana como si fuera la vida de todos los del mundo: lo mismo dijeron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto.

Cuando tomamos esta resolución, comenzaba á anocheecer, pero con todo eso nos entramos en un barco los desposados y yo, con seis remeros: pero cuando salimos al mar descubierta, habia acabado de cerrar la noche, por cuya escuridad no vimos bajel alguno: determinamos de esperar el venidero día, por ver si con la claridad descubriamos alguno navio, y quiso la suerte que descubriésemos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia á tomarla: conocí que el que dejaba la tierra era el mismo de quien habíamos salido á la isla, así en las banderas como en las velas, que venian cruzadas con una cruz roja, los que venian de fuera las traian verdes, y los unos y los otros eran cosarios. Pues como yo imaginé que el navio que salia de la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro; vine arrimado al costado del navio, para tratar del rescate, llevando cuidado de que no me prendiesen. Asomóse el capitán al borde, y cuando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbó y suspendió y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno que formó el disparar de un tiro de artillería de la nave de fuera, en señal que desafiaba á la batalla al navio de tierra; al mismo punto le fué respondido con otro no menos poderoso, y en un instante se comenzaron á cañonear las dos naves como si fueran de dos conocidos y irritados enemigos.

Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde léjos estuvimos mirando la batalla; y habiendo jugado la artillería casi una hora, se aferraron los dos navios con una no vista furia: los del navio de fuera, ó mas venturosos, ó por mejor decir, mas valientes, saltaron en el navio de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta quitando la vida á sus enemigos sin dejar á ninguno con ella: viéndose pues libres de sus ofensores, se dieron á saquear el navio de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de cosarios no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras á mi hermana, á Selviana, á Leoncia y á Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca á hablar con el capitán de los vencedores; pero como mi ventura andaba siempre en los aires, uno de tierra sopló, y hizo apartar el navio; no pude llegar á él ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y así fué forzoso el volvernos sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida; y por no ser otra la derrota que el navio llevaba, que aquella que el viento le permitia, no pudimos por entonces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diese á entender quiénes fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria, las esperanzas de nuestro remedio: él voló en fin, por el mar adelante, y nosotros desmayados y tristes, nos en-

tramos en el rio, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso decirnos: un cierto espíritu se entró entonces en mi pecho, que sin mudarme el sér me pareció que le tenia mas que de hombre, y así levantándome en pié sobre la barca, hice que la rodeasen todas las demas y estuviesen atentos á estas ó otras semejantes razones que les dije: Ea baja fortuna jamas se enmendó con la ociosidad ni con la pereza; en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha: nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse á su asiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo, ó amigos míos, para moveros y incitaros á que mejoreis vuestra suerte, y á que dejéis el pobre ajuar de unas redes y de unos estrechos barcos, y busqueis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo: llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cavador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que un día, sin ganar fama alguna, ¿por qué no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del sol, ni de todas las inclemencias del cielo procurará ganar con el sustento, fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan, se pueden llamar ultramundanos. Ea pues, amigos, juventud valerosa, ponded los ojos en aquel navio que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro, que en la ribera nos dejaron, casi á lo que creo, por ordenacion del cielo: vamos tras él y hagámonos piratas, no codiciosos como son los demas, sino justicieros, como lo seremos nosotros: á todos se nos entiende el arte de la marinería, bastimentos halláremos en el navio con todo lo necesario á la navegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mujeres; y si es grande el agravio que hemos recibido, grandísima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece: sígame pues el que quisiere, que yo os suplico, y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dejar en esta valerosa empresa. Apenas hube acabado de decir estas razones, cuando se oyó un murmullo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian, y entre todos salió una voz que dijo: Embárcate, generoso huésped, y sé nuestro capitán y nuestra guía, que todos te seguiremos.

Esta tan improvisa resolución de todos me sirvió de felice auspicio, y por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento no les diese ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al cual siguieron otros casi cuarenta: llegué á reconocer el navio, entré dentro, escudriñé todo, miré lo que tenia y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo, que fuese necesario para el viaje; aconsejéles que ninguno volviese á tierra, por quitar la ocasion de que el llanto de las mujeres y el de los queridos hijos no fuese parte para dejar de poner en efecto resolución tan gallarda. Todos lo hicieron así, y desde allí se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos y mujeres: caso extraño, y que ha menester que la cortesía ayude á darle crédito: ninguno volvió á tierra, ni se acomodó de mas vestidos de aquellos con que habia entrado en el navio, en el cual, sin repartir los oficios, todos servian de ma-

rineros y de pilotos, excepto yo, que fui nombrado por capitán por gusto de todos; y encomendándome á Dios comencé luego á ejercer mi oficio, y lo primero que mandé fué desembarazar el navio de los muertos que habian sido en la pasada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno; ordené que se buscasen todas las armas así ofensivas como defensivas que en él habia, y repartiéndolas entre todos, dí á cada uno la que á mi parecer mejor le estaba; requerí los bastimentos, y conforme á la gente, tanteé para cuántos dias serian bastantes, poco mas ó ménos.

Hecho esto, y hecha oracion al cielo, suplicándole encaminase nuestro viaje y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé izar las velas, que aun se estaban atadas á las entenas, y que las diéramos al viento, que como se ha dicho, soplabá de la tierra, y tan alegres como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos á navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navio de la presa. Veisme aquí, señores, que me estáis escuchando, hecho pescador y casamentero, rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de capitán contra ellos, que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni términos que las encierren. No mas, dijo á esta sazón Arnaldo, no mas, Periandro amigo, que puesto que tú no te canses de contar tus desgracias, á nosotros nos fatiga el oirlas por ser tantas. A lo que respondió Periandro: Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas, aunque por haber hallado á mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas: que el mal que se acaba sin acabar la vida, no lo es. A esto dijo Transila: Yo por mí digo, Periandro, que no entiendo esa razon, solo entiendo que lo será muy grande, si no cumplis el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me van pareciendo ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten, y muchas injuriosas plumas que las escriban. Suspensa me tiene el veros capitán de salteadores; juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estaré esperando tambien suspensa, cuál fué la primera hazaña que hicisteis, y la aventura primera con que encontrasteis. Esta noche, señora, respondió Periandro, daré fin si fuere posible al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios; quedando todos de acuerdo que aquella noche volviesen á la misma plática, por entonces dió fin Periandro á la suya.

CAPITULO XIV.

Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.

La salud del hechizado Antonio volvió su gallardía á su primera entereza, y con ella se volvieron á renovar en Cenotia sus mal nacidos deseos, los cuales tambien renovaron en su corazon los temores de verse dél ausente; que los desahuciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse; que lo están en tanto que ven presente la causa de donde nacen; y así procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huéspedes, y así volvió á aconsejar á Policarpo, que en ninguna manera dejase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida, y que por lo ménos, ya que no le

diese la pena conforme al delito, le debia prender y castigarle siquiera con amenazas, dando lugar que el favor se opusiese por entónces á la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones. No lo quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecia, diciendo á la Cenotia que era agraviar la autoridad del príncipe Arnaldo, que debajo de su amparo le traia, y enfadar á su querida Auristela, que como á su hermano le trataba, y mas que aquel delito fué accidental y forzoso, y nacido mas de desgracia que de malicia, y mas que no tenia parte que le pidiese, y que todos cuantos le conocian afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. ¿Cómo es esto, señor, replicó la Cenotia, que habiendo quedado el otro día entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomases de detener á Auristela, agora estás tan léjos de tomarle? Ellos se te irán, ella no volverá; tú llorarás entónces tu perplejidad y tu mal discurso á tiempo, cuando ni te aprovechen las lágrimas, ni enmendar en la imaginacion, lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado en razon de cumplir su deseo, no lo son en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad: rey eres, y de los reyes las injusticias y rigores son bautizados con nombre de severidad. Si prendes á este mozo darás lugar á la justicia, y soltándole á la misericordia, y en lo uno y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno. Desta manera aconsejaba la Cenotia á Policarpo, el cual á solas y en todo lugar iba y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de qué modo podia detener á Auristela sin ofender á Arnaldo, de cuyo valor y poder era razon temiese; pero en medio destas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada ni tan cruel como la Cenotia, deseaba la partida de Periandro por entrar en la esperanza de la vuelta, se llegó el término de que Periandro volviese á proseguir su historia, que la siguió en esta manera.

Lijera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiese á su camino la voluntad de ninguno de los que íbamos en ella, dejando todos en el albedrío de la fortuna nuestro viaje, cuando desde lo alto de la gavia vimos caer á un marinero, que ántes que llegase á la cubierta del navío quedó suspenso de un cordel que traia anudado á la garganta: llegué con priesa y cortésele, con que estorbé no se le acortase la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las cuales volvió en sí, y preguntándole la causa de su desesperacion, dijo: Dos hijos tengo, el uno de tres y el otro de cuatro años, cuya madre no pasa de los veinte y dos, y cuya pobreza pasa de lo posible, pues solo se sustentaba del trabajo destas manos, y estando yo agora encima de aquella gavia, volví los ojos al lugar donde los dejaba, y casi como si alcanzara á verlos los ví hincados de rodillas, las manos levantadas al cielo, rogando á Dios por la vida de su padre, y llamándome con palabras tiernas; vi ansimismo llorar á su madre, dándome nombre de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran venemencia, que me fuerza á decir que lo ví, para no poner duda en ello, y el ver que esta nave vuela y me aparta dellos, y que no sé dónde vamos, y la poca ó ninguna obligacion que me obligó á entrar en ella, me trastornó el sentido, y la desesperacion

me puso este cordel en las manos, y yo le dí á mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso movió á lástima á cuantos le escuchábamos, y habiéndole consolado y casi asegurado que presto daríamos la vuelta contentos y ricos, le pusimos dos hombres de guarda, que le estorbasen volver á poner en ejecucion su mal intento, y así le dejamos: y yo, porque este suceso no despertase en la imaginacion de alguno de los demas el querer imitarle, les dije que la mayor cobardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal que le falta el ánimo para sufrir los males que teme: y ¿qué mayor mal puede venir á un hombre que la muerte? Y siendo esto así, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada no solo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros míos, porque no os asombre el suceso que habeis visto deste nuestro desesperado, que aun hoy comenzamos á navegar, y el ánimo me está diciendo que nos aguardan y esperan mil felices sucesos.

Todos dieron la voz á uno para responder por todos, el cual desta manera dijo: Valeroso capitan, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar á la razon y muchas á la ventura; y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro capitan, vamos seguros y confiados de alcanzar los buenos sucesos que dices; quédense nuestras mujeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza á todos, que los cielos que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuidado de sustenter los hombres de la tierra. Manda, señor, izar las velas, pon centinelas en las gavias por ver si descubren en qué podemos mostrar que no temerarios, sino atrevidos, son los que aquí vamos á servirte. Agradéciles la respuesta, hice izar todas las velas, y habiendo navegado aquel día, al amanecer del siguiente, la centinela de la gavia mayor dijo á grandes voces: Navío, navío. Preguntáronle que derrota llevaba, y que de qué tamaño parecia. Respondió que era tan grande como el nuestro, y que le teniamos por la proa. Alto pues, dije, amigos, tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son cosarios, el valor que os ha hecho dejar vuestras redes: hice luego cargar las velas, y en poco mas de dos horas descubrimos y alcanzamos el navío, al cual embestimos de golpe, y sin hallar defensa alguna saltaron en él mas de cuarenta de mis soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traia algunos marineros y gente de servicio; y mirándolo bien todo, hallaron en un apartamiento puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, á un hombre de muy buen parecer, y á una mujer mas que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron tendido en un rico lecho á un venerable anciano, de tanta autoridad, que obligó su presencia á que todos le tuviésemos respeto; no se movió del lecho, porque no podia, pero levantándose un poco alzó la cabeza, y dijo: Envainad, señores, vuestras espadas, que en este navío no hallaréis ofensores en quien ejercitarlas; y si la necesidad os hace y fuerza á usar este oficio de buscar vuestra ventura á costa de las ajenas, á parte habeis llegado que os hará dichosos, no porque en

este navío haya riquezas ni alhajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio, el rey de los danaos. Este nombre de rey me avivó el deseo de saber qué sucesos habian traído á un rey á estar tan solo y tan sin defensa alguna; lleguéme á él, y preguntéle si era verdad lo que decia, porque aunque su grave presencia prometia serlo, el poco aparato con que navegaba hacia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el anciano, que esta gente se sosiegue, y escúchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes. Sosegáronse mis compañeros, y ellos y yo estuvimos atentos á lo que decir queria, que fué esto: El cielo me hizo rey del reino de Danea, que heredé de mis padres, que tambien fueron reyes, y lo heredaron de sus antepasados, sin haberles introducido á serlo la tiranía, ni otra negociacion alguna: caséme en mi mocedad con una mujer mi igual, murióse sin dejarme sucesion algun, corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una honesta viudez; pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen nadie ha de echar la culpa á otro, sino á sí mismo; digo que por culpa mia tropecé y caí en la de enamorarme de una dama de mi mujer, que á ser ella la que debia, hoy fuera el día que fuera reina, y no se viera atada y puesta en un cepo, como ya debeis de haber visto. Esta pues, pareciéndole no ser injusto anteponer los rizos de un criado mio á mis canas, se envolvió con él, y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procuró junto con ella quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan extrañas trazas, con tales embustes y rodeos, que á no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros en una escarpia al viento, y las suyas coronadas del reino de Danea: finalmente, yo descubrí sus intentos á tiempo, cuando ellos tambien tuvieron noticia de que yo lo sabía: una noche en un pequeño navío que estaba con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa y de la indignacion de mi furia se embarcaron; súpelo, volé á la marina en las alas de mi cólera, y hallé que habria veinte horas que habian dado las suyas al viento, y yo ciego del enojo, y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algun prudente discurso, me embarqué en este navío y los seguí, no con autoridad y aparato de rey, sino como particular enemigo; hallélos á cabo de diez dias, en una isla que llaman del Fuego, y cogilos descuidados, y puestos en ese cepo que habréis visto, los llevaba á Danea, para darles por justicia y procesos fulminados la debida pena á su delito. Esta es la pura verdad, los delincuentes ahí están, que aunque no quieran la acreditan: yo soy el rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aquí, sino porque os doy mi palabra de ponéros las y enviáros las donde quisiéredes, para cuya seguridad, si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navío, y dejad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los míos á Danea, y traiga este dinero donde le ordenáredes, y no tengo mas que decir.

Mirábase mis compañeros unos otros, y diéronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como capitan lo podia y debia hacer: con todo eso quise tomar parecer con Carino y con Solercio y con alguno de los demas, porque no entendiesen que me queria alzar de hecho con el mando que de su voluntad ellos me tenian dado, y así la respuesta que dí al Rey fué de-

cirle: Señor, á los que aquí venimos, no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ninguno otro deseo que de ambiciosos tenga semejanza; buscando vamos ladrones, á castigar vamos salteadores, y á destruir piratas; y pues tú estás tan léjos de ser persona deste género, segura está tu vida de nuestras armas, ántes si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa habrá que nos lo impida; y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa: que pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento della; sigue en paz tu camino, y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones á tus ofensores; que la grandeza del rey, algun tanto resplandece mas en ser misericordioso, que justiciero. Quisiérase humillar Leopoldio á mis piés, pero no lo consintió ni mi cortesía ni su enfermedad: pedile me diese alguna pólvora si llevaba, y partiese con nosotros de sus bastimentos, lo cual se hizo al punto: aconsejéle asimismo, que si no perdonaba á sus dos enemigos, los dejase en mi navío, que yo los pondria en parte donde no la tuviesen mas de ofenderle. Dijo que sí haria, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido: ordené que luego nos volviésemos á nuestro navío con la pólvora y bastimentos que el Rey partió con nosotros, y queriendo pasar á los dos prisioneros ya sueltos y libres del pesado cepo, no dió lugar un recio viento que de improviso se levantó, de modo que apartó los dos navíos, sin dejar que otra vez se juntasen; desde el borde de mi nave me despedí del Rey á voces, y él en los brazos de los suyos salió de su lecho, y se despidió de nosotros, y yo me despido agora, porque la segunda hazaña me fuerza á descansar para entrar en ella.

CAPITULO XV.

Refiere lo que le pasó con Sulpicia, sobrina de Cratilo, rey de Lituania.

A todos dió general gusto de oír el modo con que Periandro contaba su extraña peregrinacion, sino fué á Mauricio, que llegándose al oído de Transila su hija, le dijo: Paréceme, Transila, que con ménos palabras y mas succinctos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no habia para qué detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia; pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras. Así debe de ser, respondió Transila: pero lo que yo sé decir es, que ora se dilate, ó se sucinte en lo que dice, todo es bueno, y todo da gusto; pero ninguno le recebia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, así le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los revueltos pensamientos de Policarpo no le dejaban estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedara mas que decir, porque le dejara á él mas que hacer: que las esperanzas propincuas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas y apartadas; y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oír el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse á juntar otro día, en el cual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad,

señores, á mis marineros, compañeros y soldados, mas ricos de fama que de oro, y á mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad, y puesto que nació tan de su voluntad como de la mía, en la libertad de Leopoldio, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviesen todos contentos, y que les pareciese que sería difícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me movió á decirles: Amigos míos, nadie esté triste por la perdida ocasion de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el Rey, porque os hago saber que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza á gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre á quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso; como el rico, si es vicioso, puede venir y viene á ser infame: la liberalidad es una de las mas agradables virtudes de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea; mas iba á decir, pareciéndome que me daban todos tan gratos oídos, como mostraban sus alegres semblantes, cuando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío, que no léjos del nuestro, á orza por delante de nosotros pasaba: hice tocar alarma y dile caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse á tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amainase, lo hizo así, soltando las velas de alto abajo. Llegando mas cerca, vi en él uno de los mas extraños espectáculos del mundo; vi que pendientes de las entenas y de las jarcias venían mas de cuarenta hombres ahorcados: admiróme el caso, y abordando con el navío, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese: hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna: esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobre mesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella, guardaban el olor del vino; en fin, pisando muertos y hollando heridos, pasaron los míos adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en escuadron hasta doce hermosísimas mujeres, y delante de ellas una que mostraba ser su capitana, armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio, que pudiera servir de espejo, á quererse mirar en él; traía puesta la gola, pero no las escarcelas ni los brazaletes, el morrion sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores; tenía un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó á detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor pasé á su navío, á tiempo cuando ella estaba diciendo: Bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño escuadron de mujeres, que á la vista se os ofrece, el cual, despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno: embestid, si venis

sedientos de sangre, y derramad la nuestra quitándonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las daremos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, rey de Lituania; casóme mi tío con el gran Lampidio, tan famoso por linaje, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos á ver al rey mi tío, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia; anoche bebieron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, dieron principio á su abominable intento; pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras, por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometian; y con algunas armas que les quitamos, y con cuatro criados que libres del humo de Baco nos acudieron, hicimos en ellos lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta; y pasando adelante con nuestra venganza habemos hechos que esos árboles y esas entenas produzcan el fruto que dellas veis pendiente; cuarenta son los ahorcados, y si fueran cuarenta mil tambien murieran, porque su poca ó ninguna defensa, y nuestra cólera, á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendia: riquezas traigo que poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podiais tomar; solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana. Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas ántes quedaréis infames que ricos.

Parecióronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero cosario, me ablandara. Uno de mis pescadores dijo á este punto: Que me mate si no se nos ofrece aquí hoy otro rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso capitán muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Así será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo queis; y entendid, que obras tales nunca las deja el cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo: despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad á esas señoras junto con la libertad la voluntad de servir las. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion y de espanto, se me humilló Sulpicia, la cual, como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme, y lo que hizo fué mandar á una de sus damas le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros: hízolo así la dama, y en un instante, como aparecidos ó llovidos del cielo, me pusieron delante cuatro cofres llenos de joyas y dineros: abríólos Sulpicia, y hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá y aun sin quizá cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenían, porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venían engastadas, y diciendo: Toma, capitán valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece; dádiva es de

una pobre viuda, que ayerse vió en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se ve sujeta á la discrecion destos soldados que te rodean, entre los cuales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: Dádivas de tan gran señora se han de estimar como si fuesen mercedes; y tomando el collar me volví á mis soldados, y les dije: Esta joya es ya mía, soldados y amigos míos, y así puedo disponer della, como cosa propia, cuyo precio, por ser á mí parecer inestimable, no conviene que se dé á uno solo: tómele y guárdale el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quedese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que uno respondió: Quisiéramos, ó buen capitán, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos á la tuya; vuelve el collar á Sulpicia: la fama que nos prometes, no hay collar que la cifra ni límite que la contenga.

Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los míos, que le sirviesen de guarda y de marineros, para llevar su nave á Lituania: hízose así, contentísimos los doce que escogí solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conservas de que careciamos: soplabá el viento próspero para el viaje de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero: despedimónos della, supo mi nombre, y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demas: ella llorando lágrimas de placer y tristeza nacidas, de tristeza por la muerte de su esposo, de alegría por verse libre de las manos que pensó ser de salteadoras, nos dividimos y apartamos. Olvidaba de decirnos como volví el collar á Sulpicia, y ella le recibió á fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo á afrenta que le estimase yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los míos sobre qué derrota tomaríamos, y concluyóse que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demas navios que por el mar navegasen, ó por lo ménos si el viento no hiciese á su propósito, harian bordos hasta que les viniese á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena, y yo llamando á un pescador marino que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dijo á esta sazón Mauricio á Transila su hija, que se pone agora Periandro á describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que va contando el declararnos los movimientos del cielo: yo por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir desta tierra no da lugar á que me entretenga ni ocupe en saber cuáles son íijas, ó cuáles erráticas estrellas, cuanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro, para proseguir su historia en esta forma.

CAPITULO XVI.

Prosigue Periandro sus acacimientos, y cuenta un extraño sueño.

Comenzaba á tomar posesion el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á

preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marinería, cuando de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y puestos en pié, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiracion: en esto el que estaba conmigo dijo: Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen mas abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman náufragos; y si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos; menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan: en esto vi alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. Náufragos son, dijo el piloto, con balas ó sin ellas, que el ruido y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traia el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pié, por no ser arrebatados de aquellos vestiglos; con todo eso se dieron prisa á disparar la artillería, y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba, para volver el agua al agua; tendimos todas las velas, y como si huyéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huimos del sobre estant peligro, que fué el mayor en que hasta entónces nos habiamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disinio de hacer agua en ella quisimos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera: amainamos las velas, arrojamos las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomo posesion blanda y suavemente: en fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro se nos ofrecieron á la vistapados cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el cual verdor las tenían, no cristalinas aguas como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formadas, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrimos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos; de algunos pendian ramos de rubies, que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubies: de otros pendian camuesas, cuyas mejillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar y cuyo color de los que se forman en el cielo, cuando el sol se traspone: en resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia, estaban allí en su sazón, sin que las diferencias del año las estorbasen; todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable, con extremo increíble. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que miráramos; á los ojos con la belleza y la hermosura, á los oídos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos pajarillos, que con no aprendidas voces formado, los cuales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenían cautiva su libertad, y que no querian ni acertaban á cobrarla: al olfato, con el olor que